

Hasta el pecado o la virtud pueden encontrarse tras ciertas fragancias. Y así, en *Nuestro Padre San Daniel* se habla de un olor de acacias y de naranjos como de un

olor de perdición (Pág. 801).

Y en *Años y leguas*, Sigüenza ante el olor a jazmín, «perfume de novia», siente sinestésicamente

la disnea de beber ese olor sensual de castidad (Pág. 1010).

Castidad y sensualidad, entremezcladas significativamente. Y es que para Miró los más puros paisajes son también los más sensuales, como lo son asimismo las más castas bellezas femeninas de sus novelas, esas mujeres blancas y ardientes, bajo cuya infantilidad parece a veces latir algo de perverso y morboso. El contraste que de tal alación se desprende es el que da un aire modernista, rubeniano a algunas de estas mujeres de Miró, en cuyas descripciones la fina sensualidad del autor parece agudizarse más aún¹⁷.

MIRO, ESCRITOR NEOMODERNISTA

El tono neomodernista de Miró habría que buscarlo —aparte de los rasgos ya señalados— en ese gusto por los contrastes del tipo del de sensualidad-castidad, o el de sensualidad-religiosidad —grato también, como el anterior, a Valle-Inclán—, corporeizado este último en el fervor—sensual—de Miró por toda la espléndida liturgia cristiana. En Valle-Inclán los contrastes entre lascivia y religiosidad adquieren unos violentos perfiles, de los que carecen las descripciones de Miró en las que entran esos elementos¹⁸.

Habría también que perseguir el neomodernismo de la prosa de Miró, en ciertos aspectos de musicalidad, y sobre todo, en el vocabulario y en la construcción sintáctica¹⁹. Es ésta empresa importante, aunque difícil, teniendo en cuenta

